



Un arco ruinoso.

y olvidada, con su vetusto convento al fondo y sus casitas muy blancas y muy pobres alrededor, y casi siempre desierta. Crece tranquila la hierba entre las piedras. Una viejecita enlutada la cruza, ligerita, haciendo ruido con su garrota y con sus jayes!, para llegar a tiempo a la misa tempranera del convento. Al amanecer, el carro de labranza la cruzó también. Luego, la moza que viene de la fuente, y unos chicos medio en cueros y mocosos, y un perro. El tin-tin de la campanita desparrama, de vez en vez, la señal de los rezos monjiles. Por la tarde, una señora va de visita al Convento. La bicha con que, como aldabón, golpea la puerta bien merece la pena de acercarse a verla. Por su antigüedad y belleza podría figurar en un Museo..., ¡en ese Museo Provincial que tanto necesitamos en Ciudad Real!... y no menos merece la pena traspasar la puerta conventual para bañarse en sedante silencio y reverberos de sol en las tapias blancas del compás dilatado y florido, con su tapiado claustro. Lo mejor que puede depararos la suerte es la contemplación de la «Porterita», como la llaman las monjas que la veneran, entrañablemente, en la portería de la clausura. Es fácil os la muestre la Madre Tornera, pues sus cuarenta centímetros de altura bien caben en el torno. Aunque mutilada —serráronle la corona mural que sin duda tenía— y retocada, aún tiene carácter. y es, seguramente, la imagen de María más antigua e interesante que hoy hay

está mustia, su olmeda desecha y muy lejano el santo amor al árbol que pregonaba Costa; porque al pozo de Santa Catalina no va nadie a lavar, y, lo que es peor para ella, porque le ha cortado la visión de la llanura infinita y querida una nueva muralla puesta unos metros más allá de la antigua. No es recia, arrogante y almenada la muralla ce ahora; es terriza, y sobre ella corre, de vez en cuando, un antiséptico y colosal gusano, de hierros y maderas, que pita, humea y produce un ruido infernal.

Las eras y las caleras se van retirando a fuerza de casuchas que las empujan. La calle se aburre y cuida, soleándolos, a los viejecitos de las Hermanitas de los Pobres. El camino polvoriento se estrecha y ahoga un poco más cada día.

Más que las calles, más que los patios empedrados y acogedores, son las «plazuelas», con su dulce soledad silenciosa y sosegada, quienes hacen apetecible el barrio de Santiago.

PLAZUELA DE LAS MONJAS «TERRERAS».

Apartada y escondida está la cuadrada Plazuela de las Monjas «Terreras», grande

Los murallones de la iglesia, llena de cardos rectos y acerados como las oraciones de los calatravos.

